

Padre, que triste estoy...

Sus gestos eran suaves como la luz del ocaso,
Sus manos tocaban mi rostro con su dulce mirada
Estaba pendiente de mí en cada paso
Mi vida en realidad era soñada.
Todo iba bien en nuestras vidas
Éramos felices, ¡yo lo sabía!
Era su princesa, me lo repetía.
Una mil y veces.

Llegó a su mente un día
La obsesión por los juegos sin medida
Nadie estaba preparado para este suceso
¡Menos Yo!, lo confieso. Se jugó el dinero que tenía
Que mala suerte la mía
Me esperaba un futuro incierto
Que ya pronto estaría al descubierto.

Mi padre mentía...

La desconfianza por él no existía
Hasta que un día tomó de mi cartera
Un dinero que no le pertenecía
Fue entonces el final de mis días.
Ahora su vida gira en torno a la mentira
Lo niega todo, hasta el aire que respira,
El no mide las consecuencias
De perder una hija y sentir su ausencia.

No se cómo obrar de la mejor manera
Y ser mejor hija, aunque esto me duela
Sacar fuerzas de donde no las tenga
Padre, que triste estoy...

María Fernanda Montoya Figueroa

